

COMO LAS LUCIÉRNAGAS EN CENTRAL PARK

LORENA PACHECO



COMO LAS
LUCIÉRNAGAS EN
**CENTRAL
PARK**

LORENA PACHECO



EDICIONES**KIWI**

EDICIONES KIWI, 2024
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, marzo 2024
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-19939-25-8
Depósito Legal: CS 95-2024
© del texto, Lorena Pacheco
© de la ilustración, Borja Puig
Corrección, Mercedes Pacheco

Código THEMA: FR

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para mis padres.
Un viaje distinto hasta que podáis volver
a devorar la Gran Manzana.

PRÓLOGO

El universo parece tener su propio sentido del humor. Jamás se me habría ocurrido pensar que una acción tan insignificante y rutinaria como atarme los cordones de unas zapatillas, que había estado a punto de tirar la noche anterior, podría salvarme la vida.

El gris plumizo que vestía aquel lunes de abril no me dio ninguna pista de lo que se avecinaba. Quizá, porque a mí me resultan acogedores los días como aquel, en los que el cielo parece estar a punto de romperse sobre la ciudad. Así que, el único presagio que pasó por mi cabeza fue el de disfrutar de un buen chocolate caliente al salir de trabajar mientras me ponía al día con alguna de las trescientas series que tenía a medias.

Pero quiso el destino que el chocolate fuera una tila.

Juro que no lo hice a propósito. ¿Cómo iba a saber yo que aquel aparato de aire acondicionado del primer piso no estaba bien anclado? ¿Cómo iba a sospechar que, al dejar pasar en el portal a la señora Zaldívar, la estaba condenando a una muerte rápida pero sumamente inesperada?

—Te vas a caer de morros —me acababa de decir con su habitual amabilidad al cruzarse conmigo y fijarse en mis pies.

—Tiene razón. Gracias.

Saqué el móvil para comprobar la hora. Llegaba tarde.

—Tanto mirar el móvil os tiene idiotizados. Diría que ni siquiera te has peinado.

Me habría gustado responderle que alguien tenía que compensar al planeta por su uso indiscriminado de la laca y, de paso, preguntarle si le quedaba algún pájaro vivo en ese nido que llevaba sobre la cabeza, pero me encogí de hombros y me pasé la mano por el pelo mientras le dedicaba una sonrisa de aceptación.

Estaba convencida de que acabaría llegando el día en que le diría algo así, pero un aire acondicionado Mitsubishi decidió mostrar su desacuerdo segundos después.

Un «plof» apenas un metro delante de mí, cuando acababa de agacharme para atarme las zapatillas.

Levanté la cabeza, todavía con los dedos enredados en los cordones, y, al ver a la señora Zaldívar tirada en la acera, boca abajo, con el aparato hecho trizas junto a su cabeza, se me cortó la respiración.

Escuché un grito de fondo y, cuando alguien de rostro borroso se acercó, me di cuenta de que provenía de mi garganta.

La gente fue llegando.

Alguien llamó por teléfono, y mis ojos siguieron clavados en los zapatos de tacón de la señora, incapaz de mirar más allá. De repente, me asaltó el pensamiento de que ni siquiera los dos metros de cardado habían podido amortiguar tal golpe y me reprendí mentalmente por ello.

Me fijé en mis pies y di gracias por no haber tirado las dichas zapatillas.



El tiempo transcurrió de manera diferente el resto del día. Fui a trabajar, pero atendí a los huéspedes tras la recepción del hotel con el piloto automático puesto. Cuando mi turno terminó, al fin, me acerqué a la cafetería donde había quedado con mi madre.

Se levantó nada más verme entrar, sin duda alerta debido a su sexto sentido.

—¿Qué ha pasado?

—La señora Zaldívar ha muerto a manos de un despiadado aire acondicionado.

—¿Quién?

Le narré a mi madre el fatídico accidente mientras el camarero nos preparaba una tila a cada una.

—Lo siento mucho por ella —admití con sinceridad—. No éramos las mejores amigas, pero jamás le habría deseado algo así. Si lo hubiera sabido...

—No ha sido culpa tuya.

—La he dejado pasar primero.

—Por amabilidad. Una amabilidad que, al parecer, no se merecía.

—¡Mamá!

—La muerte no hace buenas a las personas, Ana.

—Ya, pero...

Ella negó con la cabeza.

—Lo sé, es una tragedia. Sin embargo, no puedo evitar alegrarme de que no hayas sido tú la que ha acabado bajo ese cacharro. Si eso me convierte en mala persona, que así sea.

Correspondí a su sonrisa con los labios temblorosos. Mi madre no temía ser franca, incluso en los momentos más complicados. La diplomacia le parecía una pérdida de tiempo.

—¿Sabes eso de que toda tu vida pasa por delante de tus ojos cuando estás a punto de morir? —pregunté. Ella asintió—. Es lo que llevo haciendo toda la tarde. Recordar lo vivido. Anhelar lo que todavía no. Siento como si... se hubiera puesto en marcha una cuenta atrás.

Puso su mano sobre la mía.

—Supongo que es normal, cariño. Ha sido un susto muy grande.

Tragué saliva y noté que los ojos se me humedecían.

—Mamá, he podido morir hoy y lo único en lo que he pensado es en que no he ido a Nueva York.

Su carcajada me descolocó. Como si estuviera fuera de lugar, como una flor silvestre en medio de un campo arrasado por el fuego.

—Lo siento, no quería... —Carraspeó y trató de recuperar la compostura.

—Sé que suena estúpido. Ha muerto una mujer delante de mis narices. ¿Cómo puedo ser tan egoísta?

Ella frunció el ceño, entonces.

—Ver la muerte de cerca te hace valorar más la vida, y me voy a cabrear contigo si sigues culpándote por ello. Se pueden sentir muchas cosas a la vez, ¿sabes? Puedes estar triste por tu vecina y, a la vez, decidir qué quieres hacer para aprovechar tu tiempo.

Alcé las cejas.

—¿Decidir?

—Los sueños no se posponen, hija. Se persiguen.

Siempre había creído que tenía toda la vida para cumplir mis metas.

Para viajar a Nueva York.

Para decirle a la señora Zaldívar que se guardara sus opiniones para alguien a quien le importaran.

Toda la vida, a veces, no es más que un suspiro.

CAPÍTULO 1

Sola en las nubes

Consulté la pantalla por millonésima vez y di un respingo al comprobar que ya aparecía la puerta de embarque.

Decidí hacerle una foto y subirla a los *stories* de Instagram. Tenía pensado crear un apartado de destacados para el viaje y quería recordar la emoción de aquel momento. Además, me vendría bien recopilar toda la información para el blog.

Tuve que pellizcarme de nuevo para comprobar que todo era real; que de verdad estaba allí, a punto de tomar un vuelo que llevaba media vida esperando tomar.

El hormigueo en el estómago se intensificó, al igual que mi sonrisa.

Una sonrisa que se congeló cuando vi que Javi buscaba ansioso en varios de sus bolsillos. En el vaquero, en el interior de su abrigo, en la diminuta —y única— maleta que se había empeñado en usar. ¿Cómo iba alguien a llevar todo lo necesario en ese espacio reducido para pasar dos meses fuera de casa? Pero según él, que se creía Marie Kondo, la clave estaba en cómo doblaras las camisetas.

—¿Qué pasa? No me asustes —le dije, al borde de un ataque de nervios.

—No tengo el pasaporte.

—Si es una broma, te adelanto que no voy a encontrarle la gracia más tarde. Por si quieres ahorrarte el teatro —espeté con sequedad. A veces, me costaba seguir su sentido del humor.

Se mordió el labio y me dedicó una mirada de disculpa.

—No es ningún teatro, cielo.

Creo que mi corazón se saltó no uno, sino un par de latidos. Él solo utilizaba apelativos cariñosos cuando sabía que había medido la pata hasta el fondo, lo que me hizo sospechar que decía la verdad.

—¿Me estás diciendo que...? —arranqué a decir por fin. Me pasé las manos por el pelo—. No, no puede ser. Tú no me fastidiarías el viaje de mis sueños por una estupidez así.

—Habría puesto la mano en el fuego de que lo llevaba en el abrigo.

Lo fulminé con la mirada.

—Y te la habrías quemado. Te la habrías carbonizado hasta las uñas.

—No te enfades —se atrevió a pedirme. Se atrevió a tocarme—. No es para tanto.

Parpadeé varias veces.

—¿Que no es para...? —El histerismo fue palpable en mi carcajada—. Llevo meses preparando todo esto. He conseguido que en el trabajo me dejaran cogermme todos los días que me deben juntos, Javi. ¿Sabes cada cuánto pasa algo así?

Cada setenta y seis años, como el cometa Halley.

—Bueno, puedes ir tú sola. —Me cogió las manos—. En realidad, no me necesitas para nada.

Fruncí el ceño.

—¿Es que te da igual?

No me pasó desapercibida la forma en que apartó la mirada al responder.

—Ya sabes que tengo mucho lío en el trabajo. Este viaje... era cosa tuya, no mía.

—¿Perdón?

—Mira, me parece genial que hayas visto la luz en el camino y todo eso, y entiendo que tu trabajo solo te llene de frustración, pero yo he peleado mucho por llegar donde estoy. Llevo años

esperando un ascenso y estoy más cerca que nunca. Irme al otro lado del mundo durante dos meses no va a ayudarme a conseguirlo.

—Yo no... —Tragué saliva, pero el nudo de mi garganta continuó intacto—. Nunca te he presionado para venir.

—¿Hablar cada día de este viaje y de todo lo que íbamos a hacer no te parece presión suficiente?

Íbamos. En pasado.

—Creía que a ti también te hacía ilusión —espeté con rencor—. Que hacía tiempo que querías ir a ver a James.

—James va a venir a Madrid en unos meses —respondió, como si con eso ya me lo hubiera dicho todo.

—¿De verdad te has olvidado el pasaporte o ha sido premeditado? ¿Hay ropa siquiera en esa estúpida maleta de juguete?

—¿Me estás llamando mentiroso?

Se ponía a la defensiva. ¿Significaba eso que yo tenía razón?

—Bueno, es lo que eres, ¿no? Un mentiroso y un cobarde que no ha tenido las agallas de decirme todo esto en cuatro malditos meses.

—Ana...

—No, déjalo.

Suspiró.

—Siento decirlo aquí y ahora, pero... creo que esto es lo mejor para los dos. Hace tiempo que vamos por caminos separados, y lo sabes.

Esa coletilla pretendía repartir un poco de su culpa. Marie Kondo tuvo la decencia de aparentar cierto remordimiento, aunque supe que mentía. Que, en realidad, sentía alivio al terminar con aquello.

—Espera, espera... ¿Me estás dejando?

—Te estoy diciendo que este tiempo separados quizá nos venga bien para saber lo que queremos.

—Creo que está bastante claro lo que quieres tú.

Habíamos compartido los últimos trece meses y ni siquiera vivíamos juntos. ¿Qué decía de nuestra relación que él ya necesitara tiempo y espacio?

—Y lo que quieres tú, ¿no? Nueva York es tu verdadero amor, no yo. Tú buscas aventura, Ana. Yo busco estabilidad. No puedes arrastrarme en tus locuras.

¿Arrastrarlo? ¿Eso es lo que creía que estaba haciendo? ¿Por qué nunca me lo había dicho? ¿Por qué había dejado que me hiciera ilusiones en lugar de poner la verdad sobre la mesa?

¿Creía que no lo habría entendido? Sabía lo importante que era su trabajo para él. Habría respetado que quisiera quedarse en Madrid, pero él había preferido esperar hasta el último momento, cuando ya no le quedaba más remedio que echarse atrás.

En realidad, siempre había sabido que no iba a hacer aquel viaje conmigo, ¿verdad?

De repente, fui consciente de que no pensaba dejar que ni siquiera él me estropeará aquello. De que tenía razón, mi prioridad era subirme a ese avión.

—Vale —respondí al fin.

—¿Vale?

—Sí, vete a casa. Trabaja duro. Ascende rápido.

Una débil sonrisa y un pequeño suspiro de alivio que trató de enmascarar. Dios, ¿cómo no me había dado cuenta antes? ¿Tan ciega había estado?

Javi tenía razón. Yo quería aventura, quería hacer algo que me apasionara, quería aprovechar las oportunidades y levantarme cada día sin la sensación de que estaba malgastando mi tiempo. Y, aunque no podía culparlo por no querer lo mismo, sí lo hacía por no haberse sincerado antes. Por haber fingido que todo iba bien, que me apoyaba, que tenía ganas de venir conmigo.

Por abandonarme en esta terminal atestada de gente.

—¿Vas a coger el avión?

Alcé el mentón y lo miré a los ojos oscuros.

—Sí.

Asintió.

—Entonces, supongo que... ya hablaremos.

No respondí. ¿Qué narices había que hablar? Me limité a dejar que me abrazara, con los brazos inertes a cada lado de mi cuerpo. No podía ofrecerle más en aquel momento. Su olor trepó por mis fosas nasales y se evaporó tan rápido como el abrazo.

En cuanto me soltó, agarré el asa de mi maleta y me di la vuelta sin decir nada más. Suerte que no podían cobrarme un suplemento por el equipaje emocional, ese que todos llevamos auestas, porque el mío acababa de incrementarse considerablemente.

—Buen viaje —dijo a mi espalda.

Reprimí las ganas de enseñarle el dedo corazón y me limité a levantar la mano sin tan siquiera volver a mirarlo a la cara.

Ya en la cola de la puerta de embarque, me giré para comprobar que se había ido. Ni siquiera había dudado, se había limitado a salir pitando de allí. Y sentí un vacío tan grande, que me asusté. Quizá por la magnitud de lo que estaba a punto de hacer.

Saque el móvil y los auriculares, y busqué la canción *The Middle*, de Jimmy Eat World.

It just takes some time.

Little girl, you're in the middle of the ride.

Everything, everything'll be just fine.

Everything, everything'll be alright, alright.

Cerré los ojos y aspiré con fuerza. Tal vez me llevaría algo de tiempo, pero todo saldría bien. Aquel viaje iba de soltar y saltar. Soltar y saltar. Iba a atravesar nubes y cruzar el océano yo sola. Claro que daba miedo, claro que el vértigo era enorme, pero sería el precio que pagar por cumplir un sueño.

Me lo debía, y, de alguna forma, se lo debía a la señora Zaldívar. Su muerte me había perseguido desde hacía meses como una sombra. Tic, tac. Todos acabamos en el mismo sitio, tarde o temprano. Lo importante es lo que hacemos con el tiempo que tenemos, y ese tiempo es tan incierto, que no deberíamos perderlo por nada del mundo.

Cuando por fin ocupé mi sitio junto a la ventanilla y encendí la pequeña pantalla que había en el respaldo del asiento de delante, para encontrarme con varias temporadas de *Friends* disponibles, una calidez inesperada me reconfortó. Fue como llevarme un pedacito de hogar conmigo.

El móvil vibró y, por un segundo, creí que sería Javi. Quizá se había arrepentido de sus palabras y me aseguraba que cogería un vuelo al día siguiente para reunirse conmigo. O tal vez solo me deseara un buen viaje.

Pero no fue así, y me sorprendió no sentir decepción. En el fondo, tal vez supiera que era mejor hacer todo esto sola.

El mensaje era de mi madre y, justo al final de su despedida, había añadido una frase en mayúsculas:

LA VIDA ES AHORA

Sonreí y respondí con las ganas hormigueándome en los dedos.

Y el vacío se llenó de esperanza.

CAPÍTULO 2

Bienvenida a los Estados Unidos de América

No fui consciente de que estaba en suelo americano hasta que vi la primera bandera.

Después de un vuelo de nueve horas, mis pies caminaban ansiosos por el aeropuerto de Newark. Al otro lado de los cristales, un cielo gris en mitad de agosto. Tuve que recordarme que me gustaban los días como aquel y decidí tomármelo como una bienvenida. Me negaba a creer que otro aire acondicionado estaba a la espera para hacer de las suyas.

Pasar el control de seguridad me provocaba cierta intranquilidad, y era absurdo, porque no escondía drogas ni animales exóticos en la maleta. Pero todo aquello imponía de una forma difícil de explicar.

Al intentar abrir la mochila para sacar el pasaporte, algo del interior se enganchó en la cremallera: el pañuelo que mi madre había llevado al embarcarse en el mismo viaje que yo comenzaba ahora.

—Mierda... —mascullé mientras trataba de desenganchar la tela de los odiosos dientes metálicos. Si mi padre hubiera estado allí, habría desmontado la cremallera diente a diente y luego la habría vuelto a montar. Y todo en diez minutos.

En mi afán por solucionar aquel inesperado percance, obsequié con un codazo al señor que tenía detrás. El primer *sorry* de muchos de los que diría en aquella tierra.

Viendo que mi turno estaba ya alarmanamente cerca, y a punto de morir de deshidratación al ponerme a sudar, decidí tomar una medida desesperada. Lo de más vale maña que fuerza suele ser verdad, pero a veces solo necesitas apretar los dientes cual perro rabioso y tirar con todas tus fuerzas para romper la cremallera que se interpone entre tus objetivos y tú.

Solo que mis fuerzas no fueron suficientes para tal hazaña. Una risita histérica me asaltó de pronto, a solo dos personas de tener que pasar el control.

—¿Puedo? —me preguntó el señor del codazo.

Observé su sonrisa desprovista de rencor y sus manos del tamaño de mi cabeza. Desde luego que podía. La pregunta en realidad era si quedaría algo intacto después de que rompiera la cremallera.

Sin embargo..., ¿acaso tenía otra opción?

Pero en un inesperado tirón más limpio de lo que habría cabido esperar, aquel buen señor liberó mi pañuelo y el resto de mis pertenencias sin más daños colaterales que un par de dientes de la cremallera.

—Muchas gracias, de verdad —respondí, aliviada y a punto de darle un abrazo.

Él asintió sin perder su sonrisa y me indicó que había llegado mi turno.

Una mochila con una abertura perenne no era lo más adecuado para pasear por Nueva York como una turista ingenua, pero ya lo solucionarían. Lo importante ahora era que me dejaran entrar en el país.

Tuve que quitarme las gafas para hacerme la foto pertinente, así que, como persona miope, me moví por intuición. Le hablé a la forma borrosa que era el chico que estaba al otro lado y respondí a sus preguntas con una emoción desbordante, mordiéndome las tripas.

Me despedí sin poder borrar la sonrisa de mi cara y seguí adelante. Arriba, justo antes de salir de allí, una frase me erizó el vello de la nuca: *Welcome to the United States of America*.

Con el corazón atronando en mi pecho, me dispuse a recoger la maleta. Tras no más de cinco minutos, con un pañuelo deshilachado en el cuello y todas mis pertenencias a salvo, salí del aeropuerto. Ya en la puerta, me topé con un montón de coches y taxis, y tuve que esforzarme por no hacerle fotos hasta a los pasos de cebra. Ya habría tiempo de volverme loca documentando cada detalle.

Las gotas de lluvia caían cada vez más fuertes, en intervalos cada vez más cortos.

—¿Es usted Ana?

El conductor que tenía que recogerme para llevarme al hotel se llamaba José, y era un chico latino de sonrisa bonita y amable. Había detenido su monovolumen tras una enorme *pick-up*, cuyas ruedas casi me llegaban al cuello.

—¡Hola! —respondí también en español.

Se apresuró a salir y a abrirme la puerta.

—Bienvenida. ¿Me permite su maleta?

—Gracias.

Tomé asiento mientras él la guardaba en el maletero. Cuando volvió a entrar, las gotas de lluvia brillaban en su pelo negro.

—El día perfecto para hacer turismo —se me ocurrió decir.

Él se rio mientras miraba por el retrovisor y ponía el intermitente para salir de aquel caos de coches mal aparcados.

—Valdrá la pena mojarse, créame.

Le sonreí en respuesta y fijé mi atención en la ventana.

Durante unos minutos, tan solo escuché el sonido de la radio y el tráfico, de los movimientos mecánicos de José al poner los intermitentes. Absorta en lo que veía al otro lado del cristal, admiré incluso los carteles que indicaban las direcciones sobre la carretera húmeda, de ese verde tan familiar por culpa de las películas.

La lluvia repiqueteaba en el techo, aunque dejé de escucharla por un segundo cuando a mi derecha apareció el *skyline* de la ciudad. Estaba lejos, borroso a causa del temporal, pero era real.

Hice una foto terrible, aunque sabía que mis padres la apreciarían. La pasé al grupo de WhatsApp que teníamos los tres, junto a otra de mi cremallera rota, y bromeé con la bienvenida que Nueva York me estaba dando.

Todo va a salir bien

Dijo mi madre.

O no, pero puede que eso sea bueno

Añadió mi padre.

Fruncí el ceño.

¿Eso no es una contradicción?

La frase que escribió a continuación se quedó dando botes por mi cerebro.

Cuando todo sale bien, no hay tanto que contar



El hotel Mela se situaba en la 44th, a medio camino entre la sexta y la séptima avenida, con una ubicación privilegiada para quienes buscaban estar en todo el centro de la ciudad. Por ese motivo, Javi y yo lo habíamos elegido para nuestros primeros días en Nueva York. Luego, la idea era ir a la casa que su amigo James tenía en el Soho y disfrutar de su hospitalidad.

Obviamente, esa parte del plan se había borrado para mí, por lo que implicaba un aumento considerable del presupuesto del viaje.

En fin, ya pensaría qué hacer. Ahora, solo quería disfrutar sin que nada más que las nubes osaran oscurecer mi llegada.

Tras hacer el *check in* en la recepción y dar una explicación vaga sobre que mi acompañante no había podido venir, me dirigí al ascensor. Escuché a varios españoles cerca, lo que me hizo sonreír. ¿Estarían tan ilusionados como yo de estar allí? ¿Me tomarían por loca si los zarandeaba por los hombros y gritaba feliz?

La habitación no era muy grande, aunque tenía bastante luz. No era *fan* de las moquetas, pero al menos no molestaría tanto a mis vecinos de abajo cuando decidiera ponerme a saltar de la emoción.

En el centro, pegada a un panel de madera que hacía de cabecero, una cama de matrimonio que parecía muy cómoda. Permití que la nostalgia porque Javi no me hubiera acompañado me azotara un momento. Tal vez no me afectara tanto su ausencia como se debía esperar, pero la realidad era que había hecho planes para los dos con toda mi ilusión y ahora tendría que recorrer la ciudad sola. Por no hablar del hecho de que acababa de romperse mi relación, ¿no?

Respiré hondo y mantuve a raya el nudo de mi garganta. Maldito fuera; no podía permitir que me robara aquello.

Dejé la maleta en el suelo, incapaz de perder ni un segundo, deshaciéndola. Me esforcé por arreglar lo suficiente el cierre de la cremallera de mi mochila para que, aunque todavía con un pequeño agujero en un extremo, me sirviera para llevarlo todo conmigo.

Me habían aconsejado que no se me ocurriera llevar el pasaporte original encima por lo que pudiera pasar. Así que, como una turista modélica y obediente, lo dejé en la mesilla de noche y me aseguré de tener bien guardada su fotocopia.

Me lavé la cara, me puse un poco de colorete y máscara de pestañas, y me cepillé el pelo. Estaba cansada, pero no podía sucumbir a las sábanas impecablemente dobladas sobre el colchón. A esas almohadas mullidas que parecían susurrarme que las probara. En España estarían a punto de cenar, pero a mí me quedaba mucho

día por delante y pensaba aprovecharlo. Además, era mejor respetar el horario de allí para combatir el *jet lag*.

Salí a la calle y giré a la izquierda sin dudar.

Ya, desde aquí, podía ver alguna pantalla y la marabunta de gente que cruzaba la plaza.

Entré en un deli, esa especie de supermercados tan típicos aquí, y compré una botella de agua grande, que me costó casi como el billete de avión. Bebí un buen trago y apreté el paso hasta que, por fin, me vi en medio de Times Square.

Aquello era tal y como me había imaginado. Pantallas enormes, carteles y anuncios por todas partes, coches y bicicletas atravesando la calzada, un ambiente frenético en el que convivían neoyorquinos y turistas. Una mezcla de razas y culturas de lo más enriquecedora. Las personas allí éramos tan numerosas y variadas como los anuncios de nuestro alrededor. No fui consciente de las vueltas que di sobre mí misma mientras trataba de absorberlo todo.

Subí las icónicas escaleras rojas, donde la gente se amontonaba para descansar un rato, hacer fotos o disfrutar de una mejor vista. La bola de fin de año en lo alto, con el 2022 luminoso, era lo menos llamativo de la plaza. En comparación a lo demás, me pareció diminuta. El musical de *El Rey León* tenía bastante protagonismo, justo encima de un rótulo de las CBS News, que a su vez tenía debajo un cartel de Skechers. Había restaurantes, tiendas, teatros, hoteles y un sinfín de tiendas de *souvenirs*. La oferta de servicios era variada y algo caótica.

Era abrumador, nuevo y, a la vez, conocido. Como si me hubiera dormido en el vuelo y me hubiera despertado en medio de una de las películas del catálogo del avión. No solo los edificios o las calles eran más grandes que en España. Los camiones, las farolas... Todo parecía indicar que yo había encogido de tamaño.

Engullida por aquel estallido de ruido, luz y color, ilusionada de verdad por primera vez en mucho tiempo, caminé hasta la Octava Avenida en busca del Shake Shack que estaba más cerca.

El cartel de la hamburguesería nos recibió a mi estómago vacío y a mí con sus luces intermitentes. Tras deleitarme un segundo con el olor a ternera que salía de las cocinas, me puse a la cola y esperé mi turno. La chica que me atendió al otro lado de la barra fue rápida y eficaz. Respiré hondo y me masajeeé las mejillas al darme cuenta de que no había dejado de sonreír en un buen rato.

Cogí mi bandeja y me senté en una mesa de madera sobre la que un cartel luminoso —cómo no— rezaba *Stand for something good*.

Y allí, en medio de un montón de desconocidos, el primer bocado que di a Nueva York me supo a gloria y a felicidad.

Sobre todo a felicidad.

CAPÍTULO 3

Desplegar las alas

Me senté en uno de los bancos de madera de Columbus Circle, con la fuente a mi espalda y el monumento dedicado a Cristóbal Colón en el centro. Alcé la vista y observé el cielo blanquecino de aquella tarde; los bordes de los rascacielos parecían algo borrosos debido a las nubes de alrededor.

Revisé las fotos que había hecho hasta ahora y subí un par más a Instagram. Eché un vistazo a WhatsApp. Respondí algunos mensajes de mis padres, y en el grupo que compartía con varios compañeros de trabajo. Mi mejor amiga, Amaia, me había pedido una foto de la «parejita de *yankees*». Hacía siglos que no la veía, pues se había ido a vivir a Francia unos años atrás, pero con ella era como si no pasara el tiempo.

Le envié un *selfie* con la más cínica de mis sonrisas.

¿Tú ves a Javi? Yo tampoco

Escribiendo.

Escribiendo..

Escribiendo...

Dicen que más vale sola que mal acompañada. No dejes que te lo estropee

Fue todo lo que respondió.

No parecía sorprendida. Amaia nunca había terminado de confiar en Javi. Estaba al tanto de la brecha que se había abierto entre nosotros en los últimos meses y no se mostraba optimista ante mi convencimiento de que el viaje nos haría bien. Que nos uniría más.

Una vez más, tenía razón.

Cuéntamelo mañana. Hoy tienes prohibido enturbiar el día

Sonreí y me despedí de ella antes de bloquear la pantalla.

Di vueltas al móvil en la mano y sentí una punzada de rencor al aceptar que no tenía ni un mísero mensaje de Javi. Me guardé el teléfono sin contemplaciones y, acto seguido, me quité el anillo del dedo anular. Me lo había regalado él hacía poco, en nuestro primer aniversario. Una promesa de que aquello iba en serio. Habíamos hablado de vivir juntos, de buscar un piso a gusto de los dos...

Me preguntaba si me habría ocultado sus verdaderos sentimientos también entonces.

No obstante, en aquella tarde nublada de agosto, la enormidad de lo que tenía ante mis ojos engullía todo lo demás. Tal vez la adrenalina rebajara su nivel en los próximos días, pero estaba decidida a aprovechar su impulso hasta el final.

Sentí un pellizco en el estómago en cuanto pisé Central Park. Tal vez algunas personas podrían tildarme de exagerada; técnicamente, solo era un parque. Grande y famoso, pero lleno de plantas y gente paseando perros o haciendo *footing*, como tantos otros. Sin embargo..., ¿no tenía algo de mágico todo aquel despliegue de naturaleza en medio de una urbe como Nueva York? Los rascacielos sobresalían más allá de los árboles, como queriendo recordarnos a todos que seguían ahí, gobernantes. La coexistencia de dos mundos tan diferentes me pareció bellísima.

Y, encontrarme con los huéspedes más antiguos de este lugar, me hizo sentir como si estuviera viendo a estrellas de cine cuando

no eran más que ardillas. Correteaban por los troncos y entre la hierba con la soltura propia de quienes saben que un espacio les pertenece.

Estuve un tiempo indeterminado siguiendo sus pasos, procurando acercarme, hasta que decidí que el parque era demasiado grande como para quedarme quieta tan pronto.

Las ardillas tenían vecinas que, *a priori*, no parecían tan simpáticas. Las ratas se escondían entre los arbustos y esperaban a que los humanos pasáramos de largo para hacerse con algo que llevarse a la boca. Había personas leyendo, escuchando música mientras paseaban, familias jugando... La paz que sentí a cada paso era difícil de explicar.

Grabé un pequeño directo sin decir ni una palabra, solo enfocando lo que tenía ante mí. Dejé que mis seguidores recorrieran el camino conmigo, que se empaparan de cada sonido. Y, aunque era imposible que aquellas imágenes hicieran justicia a la realidad, deseaba con todas mis fuerzas que pudieran percibir algo, lo que fuera, de lo que yo sentía.

Me detuve cuando llegué a un pequeño lago. A la derecha, el Bow Bridge, puente famoso por haber salido en un montón de películas. Seguí el camino de farolas y me senté en un extremo de uno de los bancos de madera. Una anciana, que ocupaba el otro, tenía la mirada perdida en el agua. Me fijé en que llevaba algunos trozos de pan y avellanas en las manos y los iba esparciendo a sus pies casi de forma inconsciente.

La brisa veraniega arrastraba un olor a tierra y a distintas plantas, mecía los juncos a la orilla del lago y revolvía mi pelo con rebeldía. Me pareció el momento perfecto, ya con los tonos anaranjados del atardecer arañando el cielo, para empezar la libreta que me compró mi madre en esta ciudad.

Leí la primera página con una sonrisa. «Hoy escribo las primeras letras de las muchas que espero que pongas tú en el mismo viaje que yo termino hoy y que estoy segura de que harás algún día».

Me llevé la libreta al pecho, como si así pudiera abrazarla a ella misma, y suspiré. Saqué el bolígrafo de la mochila y comencé a escribir. Volqué sobre el papel cada detalle, cada sensación que recordaba de aquel primer día. Siempre solía hacerlo así: vomitar toda la información de golpe y, más tarde, ir dándole forma. Subrayar los puntos importantes. Los posibles consejos. Los imperdibles del destino.

Para cuando escribía la última versión en el blog, me había aprendido de memoria párrafos enteros.

Dos bancos a mi izquierda, un hombre llamó mi atención. Debía de rondar los treinta. Corpulento, pelo oscuro, mentón fuerte. Había apoyado los antebrazos en sus rodillas y tenía la mirada perdida en la lejanía. Fruncía el ceño y se frotaba los nudillos de la mano derecha de forma casi inconsciente.

De pronto, un trocito de pan cayó a mis pies y fue como si la burbuja en la que me había sumido estallara.

—Perdona, bonita —dijo la señora de al lado mientras se inclinaba para cogerlo—. La puntería no es lo mío.

Fui más rápida que ella para evitar que se agachara.

—No se preocupe. —Me fijé entonces en que había dos ardillas muy cerca de nosotras. Les lancé el pan—. Parece que tiene admiradoras.

—¿Estas dos caraduras? Solo me quieren por la comida. Verás en cuanto se me acabe el contenido de la bolsa.

Los animalitos mordisqueaban unas migajas con rapidez y se mantenían a una distancia prudencial. La mujer las observaba con cierta autoridad, como si estuviera conteniendo una reprimenda.

De pronto, una de las ardillas se acercó a mí.

—Chip nunca se acerca a las personas. Debes de haberle caído bien.

—¿Chip?

Ella asintió.

—Y aquella otra es Chop.

Alcé las cejas.

—¿Cómo los dibujos de Disney?

La señora puso los ojos en blanco.

—Mi marido no era lo que se dice original. —Al ver que fruncía el ceño, confusa, siguió hablando—. A mí me parecía una tontería que viniera casi cada día al parque para alimentar a dos ardillas maleducadas, pero... mírame ahora. Desde que no está, soy yo la que viene a malcriarlas.

Disfrazaba de molestia la nostalgia, era evidente. Supuse que como mecanismo de defensa. Aquella acción tan sencilla la acercaba a su marido, y sentí ganas de tomar de la mano a aquella desconocida para consolarla.

—A mí me parece muy bonito lo que hace, y siento que él ya no... —Me interrumpí para tragar saliva.

Sus labios carnosos se curvaron con tristeza. Tenía una mirada profunda que parecía encerrar mil vivencias, rebosante de una sabiduría abrumadora. Las trenzas de su cabello gris ondularon por el viento y acariciaron su piel azabache. Suspendió los ojos en el agua ondulante.

—Covid —dijo al cabo de unos segundos.

Fruncí los labios y asentí. Aquella maldita pandemia nos había robado demasiadas vidas. Demasiado tiempo.

—¿Y cómo las reconoce? —pregunté, volviendo a las devoradoras de avellanas para distraer a mi vecina de banco de un tema tan triste—. A mí me parecen todas iguales.

Se acercó un poco.

—¿Ves esa marca en forma de corazón que tiene en la espalda? Esa es Chip. —Tiró una avellana en dirección a la ardilla—. A Chop le falta la punta de una oreja. Mi marido decía que se habría peleado con una rata, pero ¿quién puede saberlo?

—Me fijaré la próxima vez que venga, a ver si soy capaz de distinguirlas.

—Estás invitada a este banco siempre que quieras. —De pronto, me ofreció la mano—. Agnes Davis.

—Ana Marín—respondí, estrechándosela.

Tenía la piel caliente, y los callos que rodeaban sus dedos evidenciaban una vida llena de trabajo y esfuerzo. Sus ojos se posaron en mi libreta.

—¿Escribes un diario? —Abrí la boca, pero antes de tener tiempo a responder, ella alzó una mano—. Perdóname, qué descaro por mi parte.

—Oh, no pasa nada. —Sonreí para tratar de tranquilizarla—. Tengo un blog de viajes.

—¿Has venido a Nueva York para documentarte?

—Entre otras cosas.

Sabía que había venido a mucho más, aunque aún no sabía con exactitud de qué se trataba.

—Eres una viajera.

—No todo lo que me gustaría —confesé—. Estudié Turismo, porque adoro descubrir nuevos lugares, otras culturas, pero...

—¿Sí...?

Me encogí de hombros. Llevaba un par de años con el blog, pero era en los últimos meses cuando le había dedicado tiempo de verdad. Solo que me había limitado a subir contenido de viajes pasados sin ningún otro en el horizonte. Había perdido esa chispa que prende cuando planeas visitar un destino nuevo.

Añoraba esa chispa.

Añoraba a esa Ana aventurera. Ya no la encontraba en mis ojos al mirarme en el espejo.

—Supongo que me quedé quieta. Estática tras un mostrador. Congelada en una realidad que ya no me satisfacía por comodidad, miedo o las dos cosas. Y necesitaba...

—¿Desplegar las alas y echar a volar?

Sonreí abiertamente.

—Exacto.

Aquella decisión me había costado mi relación. Aunque, tal vez, el viaje solo hubiera sido el detonante para que ocurriera lo inevitable. Tal vez lo mío con Javi se había terminado porque no era lo bastante fuerte. ¿Cómo si no se explicaba su ligereza a la hora

de abandonarme en mitad de la terminal y que yo no estuviera hundida al respecto?

¿Y si todo lo que había ocurrido desde que había pisado el aeropuerto de Madrid había sido para bien? Para sacar a la superficie una realidad que no habíamos querido ver.

Tal vez este vuelo terminara en caída, pero estaba decidida a atesorar cada segundo que mis pies se mantuvieran sin tocar el suelo.

—¿Me permites un consejo, querida? —preguntó Agnes, sacándome de mis pensamientos.

—Por favor.

—Llena todas las páginas de ese diario.

Acaricé la tapa mientras sentía que las comisuras de mis labios tiraban irremediabilmente hacia arriba.

Al levantar la cabeza, volví a fijarme en el chico de antes. Los nudillos de su mano derecha habían quedado al descubierto. Desde donde estaba, no podía estar segura, pero me pareció distinguir unas magulladuras. La curiosidad por saber quién era y qué hacía allí aumentó. ¿Por qué parecía enfadado con el mundo?

Se giró de repente y me miró con una intensidad que cruzó el espacio que nos separaba, y se estampó contra mi cara.

Aparté la vista de inmediato y descubrí a Agnes escrutándome con interés. Luego, se giró hacia el chico, que ya había vuelto a ocultar sus nudillos.

Pillada.

Me pasé el pelo tras las orejas para ganar tiempo, sin saber qué más decir, mientras notaba el rubor trepando por mi cuello. Agnes tenía una ceja alzada y una media sonrisa de lo más enigmática.

—Creo que te irá bien. Esta ciudad tiene mucho que ofrecer.

—Estoy ansiosa por descubrirlo todo. Calles, plazas, parques, comida, historia...

Mis ojos me traicionaron de nuevo y se fijaron en nuestro vecino de banco.

«Y personas».